



ANGELITA

Inmersiones oníricas al Mayab

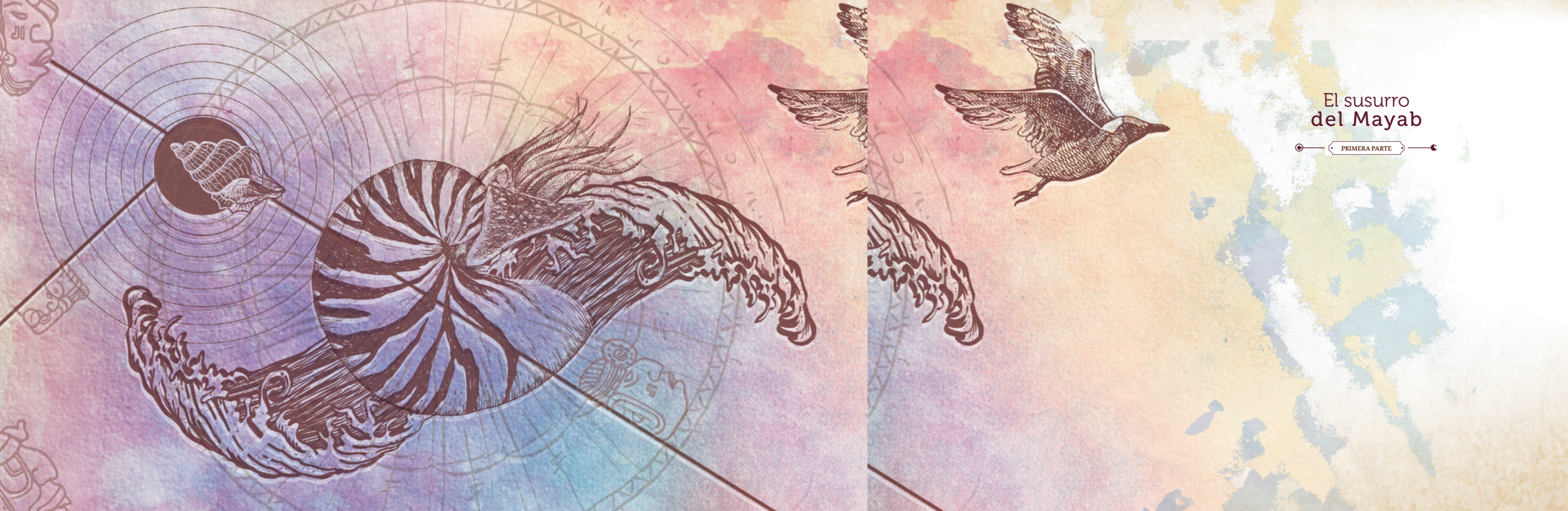


José David
Enríquez Rosas

• ————— •
• **Para Itzi,**
la hermosa lluvia
que da vida a mis campos. •

Tulum, QR | San Pedro Martir, BC | Otoño 2017

Chapter Number	Chapter Title
1	La danza de dos gotas
3	La península emerge
5	El erotismo de los elementos
7	El sacrificio de las vírgenes
13	Exploradores de sueños
19	El guía del viento
24	El guía del agua
30	La guía del alma
37	Angelita
44	El descenso
49	Un túnel
52	La ventana
57	Una hoja
60	Ascender



El susurro del Mayab

PRIMERA PARTE



Mar y cielo; viento y piel; risas y llanto; agua y arena. Mi mirada vuela. Soy un ave solitaria. Mis alas tocan la brisa del oleaje. Cada tumbo resuena en mi propia historia. No podría ser distinto. Nací del viento y crecí para el mar. Los viejos de la parvada me lo han enseñado. Han sido ellos los que marcaron el rumbo sobre el cual mis alas se tiñen de magia y flotan en paz. La cresta de las olas es mi nido, aunque su abrigo sea corto, casi imperceptible; una paradoja de continuidad; una pequeña eternidad.

Me acerco. El templo de cal se levanta, se eleva entre acantilados. Desde el aire —siempre agitado— el templo de las mujeres de cabeza triangular

resulta particularmente estático. Como si el universo se hubiere formado pausadamente y gravitase rítmicamente en torno a él. Armonía. Silencio.

Las mujeres de cabeza triangular, ciñendo sus mantas blancas, caminan de un lado a otro. Desde aquí arriba parecen hormigas. Diminutas. Siempre atareadas. En ellas hay un manifiesto apuro por llegar, aunque en apariencia no sepan la razón para hacerlo. De pronto, caigo en cuenta. En un eterno deambular, las mujeres vierten arena, tan blanca como los polvos de talco. La vierten sobre un orificio cincelado justo al centro del templo de cal.

Las mujeres de cabeza triangular no conocen la razón; solo saben —con la misma convicción de los viejos que me enseñaron a volar sobre las olas— que la arena debe caer, ahí cual si fuera una cortina; una cascada infinita de finas partículas.

Cada grano parece ser una gota de tiempo; y la cascada que en conjunto forman, pareciera ser el espacio que da cobijo al Gran Maestro Tiempo. Descubro entonces el sentido de las cosas. Comprendo cómo sin ser conscientes de ello, las mujeres de cabeza triangular dan cuerda a la gran maquinaria de la eternidad maya. Los dioses han dispuesto que sea justo ese sitio —el templo de cal— el que de vida al reloj que mantiene el equilibrio de la península plana.

Volando en círculos. Una y otra vez. Una y otra vez. Como en un mantra de arena y agua lo entiendo. El reloj al que las mujeres

dan cuerda consiste en el equilibrio mágico entre la arena salada y el agua dulce contenida al fondo del orificio central.

Arena y agua danzan encontrado así la interacción entre el tiempo y el espacio. La danza constante da nacimiento a dos gotas que sin más, se tocan la una a la otra. La eterna danza de las gotas: agua —dulce y salada— crea un caudal mágico que atraviesa el corazón de la península plana... justo como el viento y la mar atraviesan mi corazón incompleto, sin el uno o sin la otra...





Soy roca. En mí, el tiempo queda contenido. Soy piedra de volcanes y de lava; de meteoros y de estrellas; de sal y de arena. En mi núcleo converge –en silencio– el universo todo. Fui testigo del Gran Impacto. Recuerdo una bola de fuego acercarse por el firmamento. Observo su avance. El cielo se enciende en una luz blanca que lo cubre todo por igual. La luz es un manto donde la nada se hace todo y el todo se vuelve nada. La luz ciega a quien intenta mirarla. Me fundo en una gran explosión. Arena y sal se re-componen en mí, para unirme a otras muchas hermanas. La bola de fuego toca el corazón de los océanos creando tras de sí, el oleaje más alto y portentoso que jamás se haya visto. Las olas son monstruos que devoran continentes enteros. El agua es fuego, es humo, es vapor. Todo a mi alrededor

explota, se funde, se esfuma, hierve. Una enorme nube de ceniza lo cubre todo.

No hay más luz, no hay estrellas, no hay más amaneceres. La obscuridad se apodera de cada espacio; lo corroe, lo mina, lo cuarteja sin piedad. Y así, a la par que el movimiento cede, todo se enfría con rapidez. El oleaje cambia su composición, su textura. El agua se vuelve densa, viscosa. El hielo la estrangula desde el fondo, desde lo alto. Las grietas se llenan de gélidas espadas puntiagudas. Quedo sepultada en silencio, sepultada una vez más. El silencio se erige como el nuevo Gran Dictador. Su tiranía es ejercida por la fuerza del hielo sólido. ¡Larga vida al Rey Glaciar y a sus herederos! ¡Larga vida al silencio que todo lo cubre!

Pero una vez más, el tiempo gana la batalla de los elementos. Un rayo de luz se abre espacio entre la enorme nube. Es un halo persistente y con él, un batallón luminoso infringe una estocada de muerte a la obscuridad de la ceniza. El planeta se calienta una vez más y con él, los océanos congelados crujen. El viento da cuenta de colosales estruendos, al tiempo que monumentales témpanos se colapsan.

La Tierra ha parido de nueva cuenta. La joven península vive. Ha emergido del mar y se une al continente. Como yo, un sinfín de rocas que le damos forma somos de naturaleza caliza. Nuestros poros filtran agua e historia. La historia de cada glaciación; la historia de la vieja tiranía del silencio absoluto. En la península emergente no hay montañas. No hay por tanto, ríos que corran por sus bastas planicies. El hielo atrapado en nuestro interior cobra vida lentamente. La gran fiesta del deshielo provoca que la selva -antes congelada- rompa las capas más delgadas del

frágil suelo peninsular. Miles de estruendos dan cuenta de árboles enteros despeñándose para caer hasta el fondo del agua dulce.

Promontorios de selva petrificada caen a lagos interiores. Las tapas de tan compleja estructura serán bautizadas como “cenotes” por las mujeres de cabeza triangular que algún día habrán de habitar la península emergida. Miles de canales en un vaivén serpenteante de redes de caliza. Como yo, cada roca filtra sedimentos para decorar sus misteriosas cavernas. Estalactitas y estalagmitas entretejen diseños caprichosos, imposibles. El agua fluye lentamente. La transparencia es perfecta. Estoy aquí, solo soy una pequeña piedra caliza. En mí se filtra la historia, como en ti, lo hace la magia del tiempo, nuestro Padre Creador.





Fluyo por igual en ambos reinos. Inspiro el plumaje del pavorreal al engalanar su canto de búsqueda. Recorro las capas de las jacarandas tomando la juventud de cada flor. Me posesiono en el frenesí de un millón de larvas en movimiento. Soy la fuerza indomable del instinto. Soy locura, soy energía, soy creación, lujuria, soy canto de vida. Resistirse a mí es imposible. Mis artes son infinitas; mi propósito uno solo: La Gran Preservación.

Procreo mediante el sutil trino de canarios y cardenales. Procreo en la monta sanguinaria de los jaguares. Procreo incluso en el aniquilamiento erótico de los arácnidos. Vivo en el vientre de mis

discípulos. Cual intruso, disfruto el código de cada ser viviente; me apodero de los genes que a la postre me han de hacer reinar sobre cada una de las especies del *Mayab*.

Acompaño la suave latencia de las crías; delinearé sonriente la ternura de sus órganos inmaduros; los doto de vulvas, de falos. Soy testigo de su inocencia en los despertares al primero de los placeres. Susurro en sus pequeños lóbulos las suaves frases del amor total por las madres lactantes. Inflamo la necesidad de la posesión sexual, de la conquista del otro, de la piel como territorio en disputa por el competidor amenazante.

Soy paciente y sonrío complacido al advertir el despertar de la juventud. Sin importar el peldaño en la pirámide, la juventud toda me rinde tributo. Tan deliciosa es la era del despertar, que a diario se erige un templo a la sensualidad. Como nunca antes, me posesiono de la existencia misma. Soy una exquisita obsesión. Soy yo quien humedece los labios de mis devotas vírgenes y soy yo quien inflama los ímpetus de mis fieles súbditos.

Y al fin, mi pueblo está preparado para mi bacanal milenaria. Soy su amo y anfitrión. Ellos son mis esclavos e invitados. Su satisfacción es adularme, contemplarme. Se regocijan en mí y yo en ellos. Los gobierno a mi gusto. Me enorgulloce escuchar a la selva aullando de excitación. Me conmueve escuchar las orgías singulares de los primates. Me siento adulado de aspirar la fragancia del polen, al tiempo que mi colibrí recorre el sensual cáliz de una flor de tabachin.

Me divierto al escuchar la marcha de un ejército infinito de escarabajos listos para fertilizar sus huevecillos.

Sí, lo sé. No tienen porqué callar. Soy el más engreído de los instintos. Soy lascivo, perverso, mordaz. Pero, ¿qué sería de ustedes sin mí?, ¿acaso estarían degustando este sorbo de erotismo selvático? Soy placer y soy vida. Soy en ti y tú en mí. Tú lo sabes, yo lo sé.





Soy la esperanza de mi pueblo. Soy la esperanza de mi pueblo. Soy la esperanza de mi pueblo. Mis piernas tiemblan sin parar. Apenas logro sostenerme para responder a los jalones del sacerdote auxiliar. Lloro, imploro, pero sé que mi suerte está echada. Nací para este momento. Soy el objeto mismo de la ceremonia. El sudor del sacerdote y el de sus aprendices resbala —gota a gota— por mis brazos, por mis pechos, por mi abdomen, por mis muslos. Me sostienen con rigor. No puedo desmayarme. Me gritan que esté quieta; que el sacrificio durará poco si me concentro y repito una vez más el mantra que las mujeres de cabeza triangular me han enseñado: soy la esperanza de mi pueblo; soy

la esperanza de mi pueblo; soy la esperanza de mi pueblo.

Comienzo a sentir el efecto de la inhalación de copal quemado en un tronco de ocote. Las oraciones, el oleaje, el batir de las percusiones, la entonación de los cantos, el viento sobre las hojas, mi propia voz. Todo da vueltas como en un remolino que anuncia la proximidad de mi muerte. A empujones subo uno a uno cada peldaño del templo. Mi mirada se desorbita; mis ojos se agitan a destiempo, sin control. Sin más, se detienen en los rastros de sangre que otras víctimas —como yo— han dejado a lo largo de los peldaños.

El centro de la escalinata es ya rojo carmín: rastros coloridos de cuerpos que se han extinto entre el honor y la angustia. Observo las líneas irregulares, los puntos, las plastas. Cada forma y densidad del carmín significa el tiempo de espera en la marcha de ascenso hacia la piedra de los sacrificios, donde el sacerdote mayor aguarda en trance; degustando el aroma de los últimos estertores.

Aguarda mirando el cielo con los brazos y el puñal sangrando en lo alto. Bajo sus pies hay una alfombra de vísceras todavía pulsantes. Está situado en el instante preciso de la fusión del pasado con el futuro; en el eje mayor del calendario formulado por sus padres; por los padres de sus padres; por los padres de sus padres de sus padres. Son cien las generaciones que dan cuenta de su empu-

ñadora de jade. Son cien las generaciones que avalan su maestría al desollar a cada virgen y vestir su piel en honor de los dioses que hacen dar vuelta al firmamento. Son cien los sacrificios que ha practicado desde el amanecer hasta este momento: ha llegado el último de los rituales — la esencia misma de la esperanza de su pueblo.

La esterilidad prolongada consume la grandeza de su ciudad. Tulum agoniza. La falta de nutrientes en su tierra, en sus árboles y en sus habitantes simboliza el castigo de los dioses. El enfado de quienes habitan el acuoso laberinto interior ante un pueblo que olvida su origen divino. Es tiempo ya de aniquilarlo, de aplastarlo, de asfixiarlo con la lentitud del veneno inyectado por mil serpientes de cascabel. Cien sacrificios diarios

serán insuficientes para expiar la blasfemia del olvido a los dioses. El gran Kukulkán —dios serpiente emplumada- será venerado a través de mí.

Faltan solo diez escalones para encontrar la plataforma del sacrificio mayor. La sangre de mis pies golpeando el filo rocoso, acompañando el caudal que nace de mi vientre. Hace unas horas comenzó la primera —la única- de mis menstruaciones. Fue el momento en que mi madre me llevó a la base de la pirámide: estás lista —dijo- con aparente rudeza. Después se inclinó hacia mí y me recordó el sentido de mi sacrificio: ser la esperanza de mi pueblo por traer una vez más, la fertilidad a nuestra tierra. Simbolizo la semilla, el retoño, la flor. No soy muerte, soy vida de vocación eterna.

Al fin he llegado a la plataforma. Veo el altar a través del cual me espera el gran sacerdote. Está ataviado para la importancia de la ocasión. De la base de su penacho de plumas de quetzal cae la piel recién desollada de otra virgen. Sus ojos están inyectados de locura. Su espíritu pareciera desbordarse por los pómulos negros de sus ojos de fiera. Sus dientes llevan adheridas muestras de vísceras de las vírgenes de la jornada. Se embriaga por última vez para cerrar así, su último ritual del día: yo misma.

Tengo suerte. Por ser yo quien de fin a la jornada de cien días de sacrificios, mi corazón no será desprendido, ni mi piel será arrancado de sus músculos. Será un sacrifi-

cio puro, total, pleno. Mi alma y mi cuerpo habrán de descender al cenote totalmente incólumes. Llevaré solamente collares y brazaletes de jade labrado. En los brazos del sacerdote mayor habré de caer por treinta y tres metros desde la plataforma hasta el frescor del agua santa. Ahí estará el umbral al mundo de los dioses a quienes habré de suplicar por mi pueblo.

No hay angustia. No hay llanto. No hay espera. Soy libre. Caigo por un túnel fresco, limpio, silencioso. Transito al origen mismo de mi existencia. Soy una con el agua. Soy la esperanza. Soy una con el agua. Siempre.





Maestros, guías y exploradores

— ◉ — SEGUNDA PARTE — ◉ —



Explorar lo inexplorable: —es esa mi vocación—. Lo intuía desde pequeño cuando gateando, incursionaba más allá de los límites permitidos por la abuela, en aquella escondida aldea abrazada por los Alpes austriacos. De alguna extraña manera, mi cuerpo en formación daba con la combinación perfecta para desarticularse y caber justo a la medida de la rendija de un armario, por la repisa de un librero o por la ranura entrecortada, donde sólo los gatos podrían encontrar una vía de escape.

Cuando cumplí los trece años, la abuela me hizo un obsequio especial. Se trataba de la biografía de Henry —el Gran- Houdini. Nada menos que el maestro del escapismo de todos los

tiempos. A través de los relatos de su vida trataba de visualizar la clave de sus trucos de magia. En especial me interesaba en aquellos que se centraban en liberarse de una trampa sumergida en agua. Con tal inspiración, ya de adolescente convencía a alguno de mis amigos para que me encadenara y arrojara a una tina de agua fría.

La sensación de estar a sólo unos segundos de la muerte generaba en mí, más emociones alocadas que toda la psicodelia colorida de mi generación. Sí, lo mío era la pasión por descubrir, tocando la puerta del más allá; burlarme de la muerte; acariciar sus faldones y huir de su hoz blandiente. Cada que me

sumergía encadenado caía en una especie de trance escapista. Sabía, como si se tratase de un instinto evolutivo, cada movimiento preciso hasta destrabar cualquier instrumento o recipiente que me aprisionara. Sin embargo, el paso del tiempo provocó que esas primeras experiencias fueran ya insuficientes. Necesitaba también de la obscuridad más intensa, de nuevas trampas, de mayores retos. Fue así que de las montañas europeas, llegué al mundo de las cavernas tropicales.

Una mochila al hombro y un diario fueron mis compañeros a lo largo de una década por el Sureste Asiático. Mi diario se pintó de experiencias de búsqueda. Una búsqueda que en ocasiones parecía externa, y en otras, tan íntima como mi respiración inquieta al soñar con la exploración de mi propia vida. En mis sueños, una intuición, un reflejo de mí mismo tocaba las paredes de mi alma, percibiendo —al tacto- la rugosidad o suavidad de mi piel

interior. Parecía que aquella intuición de mis sueños se personificaba en una pequeñita niña ciega, quien, como a los anillos de los árboles recorría una a una las paredes interiores de mi historia. Con la palma de su manita, entendía las texturas de las épocas de mi vida; la aspereza de mis abandonos; la suavidad de mis alegrías; la rugosidad de mis dudas.

Y así, la experiencia del buceo a lo ancho de los mares de Oceanía por casi una década despertó en mí, la nostalgia por descubrir un nuevo tipo de inmersión que me acercaría al mundo de mis reiterados sueños: la exploración del *Mayab*, en el corazón del México profundo. La década de los setenta estaba a unos días de extinguirse, cuando la Península de Yucatán se convirtió en la geografía de todas mis fantasías. Cual si se tratase de una procesión sin límites, por casi tres años me dediqué a visitar recónditas aldeas del mágico pueblo maya. Gracias al tiempo y a la amistad

que con algunos de sus pobladores fui entretejiendo, tuve la suerte de descifrar la combinación de algunos corazones que se convirtieron en embajadores de una comunidad a otra de la selva yucateca.

Con ello, el mapa de los cenotes crecía a la par de la confianza que las familias locales depositaban en mí. Los cenotes no solamente eran centros ceremoniales de sus ancestros, eran el centro de sus hogares. Representaban la mística y la tradición de su linaje. De tal modo, entre pesados tanques e intrincadas mangueras logré vislumbrar los primeros metros de un paraíso compuesto por interminables laberintos interiores; por auténticas catedrales submarinas formadas por millones de años de trabajo escultórico de la Naturaleza. Con verdadera genialidad y paciencia tomaban formas kilómetros y kilómetros de estalactitas y estalagmitas sumergidas en los misterios de aquella península. Pese a lo inigualable de esas primeras exploraciones

de contemplación estética, lo más impactante en mis años de búsqueda no había llegado todavía.

Fue una mañana muy cerca de la aldea de pescadores de Tulum, que realice una inmersión en un sistema que había venido mapeando meticulosamente por los últimos seis meses. Con la ayuda entusiasta de otros dos jóvenes buzos del Japón, la magnífica caverna conocida por los pobladores como el Gran Cenote, mostraba —sin prisas— las artes de un escultor milenario. Los equipos de iluminación, siempre insuficientes e imprácticos, eran la única opción humanamente posible para rasgar las entrañas de una obscuridad eterna. Desde su formación en la Edad de Hielo, los intrincados sistemas cavernarios, salvo algunas excepciones, habían permanecido intocadas por la luz del Sol.

Aquella mañana de domingo, por primera vez, la luz de un pequeño equipo de expedicionarios haría contacto con las fantasías de mi lejana infancia alpina. Los hermanos Kobe y yo habíamos fijado cuerdas a lo largo de cinco niveles de profundidad por más de trescientos metros. Por lo estorboso del equipo y lo estrecho de ciertas cuevas, resultaba cada vez más difícil seguir avanzando. Ya antes habíamos tomado riesgos y sabíamos que buscar un nuevo nivel representaba un punto de no retorno, si algo no resultaba como planeábamos.

De pronto, tras una vuelta invertida, empujones involuntarios, raspones a las estalactitas y abolladuras del equipo, logramos mantener nuestra flotabilidad para dirigir los proyectores de luz a lo que apareciera ante nosotros, como una isla en medio de una laguna en perfecta calma. Nos descubríamos sobrevolando

un espacio único. Parecía como si ese último salto nos hubiera conducido a un universo paralelo, donde la magia de la óptica vencía a la realidad inmediata. La transparencia era tan perfecta que la imaginación desorbitada empezó a hacer tretas a mi capacidad de raciocinio.

Caí en cuenta que, por alguna extraña razón me encontraba en los brazos del aire, sobrevolando una hermosa isla volcánica que emergía en medio de una laguna, cuyas orillas se desvanecían sin un límite claro. Pero, si yo estaba inmerso en agua ¿cómo podía estar viendo una isla a mis pies? ¿sería acaso que me encontraba en un sueño? ¿habría muerto en mi más reciente inmersión? ¿estaría en realidad viviendo algo tan inaudito o sería acaso la pesadilla alpina de un niño aturdido por la muerte de avalancha de sus padres? No lo sabía. En el fondo, no quería saberlo.

Tras años de exploración de cavernas peninsulares y de décadas de autocontrol, mi frecuencia cardíaca se descontrolaba, a la par que el oxígeno se consumía a un ritmo galopante. Traté de ver cuál era la situación con los hermanos Kobe. Me acerqué, pero, a pesar que sus equipos de iluminación estaban amarrados a una roca, ellos no aparecían a mi lado. Una vez más, mi pulso galopaba desbocado. Me agité y traté de dar con ellos usando mi propia linterna.

Luego de tres o cuatro minutos de desesperación entre capas nebulosas de agua translúcida, observé la imagen más impactante de mis años en el *Mayab*: los cuerpos inertes de los hermanos Kobe yacían al fondo de la caverna. Ambos buzos se habían despojado de sus caretas, mangueras y reguladores. Sus ojos —abiertos al máximo— daban cuenta de la angustia del error del cual se habían percatado unos instantes antes de morir.

Como a mí, la mágica transparencia del agua dulce, los había confundido en una mortuoria ilusión en la cual, el agua salada, que por densidad ocupaba un sitio inferior en la caverna, formaba un cuerpo acuoso que parecía ser una laguna que abrazaba a una isla; siendo ésta, no más que una hermosa y prominente estalagmita. Una hermosa, pero fatal ilusión óptica que marcaría para siempre mi vida y tomaría la de muchos otros buzos de cavernas. Así como Faetusa y Lampetia —las hermosas sirenas de los antiguos helenos— cantaban llevando a los navegantes al naufragio sin posibilidad de escapatoria, la belleza de las ilusiones del *Mayab* submarino cobraban —con dulzura y crueldad— la vida de un par de ilusos espeleólogos.

De esta manera, entre los misterios del mundo atemporal de los cenotes fue que mi vida transcurrió y concluyó en la paz que tanto había buscado. Por más de tres décadas y con incontables kilómetros de cuerdas y ataduras, el mundo de las cavernas me regresó a mis primeros recuerdos. Más aún, a memorias que rebasaron mi conciencia, pero que tendieron un cabo final a otro inicial. Las cavernas se transformaron —en mi mundo interior— en un diálogo puro y tierno que se acercaba al borroso recuerdo de mi propia madre. Sentirme libre en su vientre cálido y protector reconfortaba la soledad que siempre me persiguió. Mi vida en la Península fue en verdad, un retorno a mamá, transformada en la escultura submarina más hermosa que pudiera siquiera haber imaginado antes.

Como lo intuía en mis recurrentes sueños de juventud, esos años de silencio burbujeante, mientras fijaba las cuerdas que habrían de guiar a buzos de todo el mundo, por decenas de intrincadas cuevas, hubo una compañía constante. Una presencia reconfortante que, al tiempo que yo exploraba la hermosura de cada formación, recorría —con la ternura y cuidado de una hija— mi piel interior. Con sus manitas, daba con cada grieta de mis emociones, circunnavegando así mi historia, mis tristezas y mis nostalgias. Pero también, a pesar de su invidencia, encontraba la suavidad de mis ilusiones y mis muchas alegrías por el mundo de las montañas, de los océanos y de las cavernas de mi propia existencia.





Cada elemento de la naturaleza es un verdadero guía —solía decir el viejo Matías—, un instructor de vuelo francés afincado al sur de las montañas de México. En su momento, por inocencia o arrogancia —quién lo sabe— el aprendiz no comprendió a cabalidad la dimensión de tan sencilla afirmación. El Tiempo —el auténtico Gran Maestro— seguía Matías, suele vestirse con atuendos diversos y así, ofrece lecciones a las pequeñas criaturas animadas que en él vivimos. Y allá, tras bambalinas, el Tiempo, observándose en el espejo de su camerino de eternidad optó por interpretar una obra a través de la representación de tres personajes, cuyo de-

nominador común es el de ser guías de vida: el viento, el agua y el inconsciente.

Los primeros dos son profundos contenedores; son capas inquietas de biósfera; son realidad tangible; acarician con suavidad el rostro de un niño y tienen a su vez, la ferocidad de la destrucción de un continente entero. Los sueños por su parte, flotan cerca de la orilla de la conciencia, salpicando —como hacen las olas al romper sobre los acantilados— con la espuma de la imaginación, el día a día de la vida del íntimo espectador.

El Gran Maestro y la representación de tres personajes guías. Cada uno de ellos tan hermoso e insondable como la naturaleza misma de tan grande actor. Es por ello que el Gran Maestro ha iniciado en sus artes escénicas a voluntariosos alumnos, quienes, mediante alegrías, lágrimas y golpes de aprendizaje escalan el nivel de entendimiento, para así convertirse en instructores para un nuevo ciclo de conocimiento, ofreciendo con ello, la mano a una nueva generación.

La vida del aprendiz estuvo impregnada por la suerte de encontrarse con tres guías. El primero, lo fue para lograr el dominio de una vela inflamada por tonalidades de viento. El segundo, lo fue para conseguir flotar sobre jardines oníricos. La tercera, lo fue para maniobrar entre las abigarradas formas del inconsciente. Y fue así que el

aprendiz se dio a la tarea de hilvanar sus tres historias que —como cuerdas amarradas al cielo— le ayudarían a trepar a un mundo único; incomprensible.

Matías supo desde niño que su destino estaba en algún punto entre las montañas nevadas y las nubes que, sobre ellas, se balanceaban. De vez en vez corría para perseguir golondrinas remontando el vuelo; extendía los brazos y, cerrando los ojos, imaginaba la sensación de despegar. Se soñaba despierto, y, con los pies flotando, no podía dejar de dibujar una enorme sonrisa en su rostro de nueve años. ¡Y al fin, una mañana de verano, la realidad parecía desbordar sus ojos! Sobre las nubes aparecieron tres velas tan coloridas como el arcoíris formado al finalizar una gran tormenta. Se movían con levedad; como si el viento las

invitara a formar parte del paisaje; como si el aire disfrutara con ternura, lo primitivo de sus instintos por dominar el vuelo de las aves; un obsequio exclusivo del Gran Maestro a tan preciosas criaturas.

Con el tiempo, Matías habría de convertirse en un promisorio piloto de ala delta. Mientras que las mañanas las ocupaba para flotar sobre nubes y arcoíris alpinos, por la tarde se dedicaba a una segunda pasión: la radio locución desde una estación en el Macizo del *Mont Blanc*. A pesar de la conmovedora belleza del vuelo sobre las montañas nevadas y las tardes de filosofar al aire, el joven Matías no podía dejar de explorar nuevos espacios; llenarse la mirada de imágenes frescas, aspirar la fragancia de campos enigmáticos; satisfacer el ansia de lo desconocido más allá de las cordilleras de su infancia. Así fue como —a finales de los años sesenta— Matías se embarcaría en un granelero de pabellón francés que habría de recalcar en un puerto del litoral Atlántico mexicano.

El colorido de los nardos recién cortados en los mercados indígenas del sureste del país; la fragancia de la tierra mojada; las vistas de dos volcanes enamorados por la eternidad de la primavera; el torrencial ensordecedor de chubascos y truenos — fueron todos— los caminos de seducción que abrazaron a Matías justo en lo que sin saber, buscaba: el paisaje testigo de la construcción ancestral del mundo náhuatl. Xochicalco, Malinalco, Tepoztlán formaban —bajo la mitología teotihuacana— un eje de energía que servía de cuna de dioses. Tal vez por ello, las nubes bajas del amanecer se transformaban en almohadones, para el lento despertar de los volcanes y con ellos, de la vida en el valle.

Durante sus años como instructor de ultraligero, Matías fue asimilando las lecciones silenciosas del Gran Maestro. Fue testigo de la dicha de cada piloto en su primer

despegue en solitario; pero también lo fue de los rostros que la muerte solía bosquejar a quienes cruzaban los linderos de las leyes físicas. Volar —como había dado testimonio tantas veces aquella pista de césped— significaba la línea más delgada entre un mundo y otro. Los jugueteos del viento en ambos vértices de la vela podían marcar el ritmo de tambores funestos; o bien, enmarcar una aproximación estética, para con suavidad, cortar el filo del viento y así, tocar tierra con la suavidad de un vencejo en su propio nido.

Además de instructor de vuelo, Matías fue el amigo dialogante que tanto necesitaba aquel aprendiz por esas épocas. La orden para corregir el ángulo de ataque de la vela, servía de igual manera como consejo para encontrar el camino hacia la levedad, que tanta falta le hacía al aprendiz. Matías fue también la voz que le ayudaría a explorar las sinrazones del Gran Maestro para no cobrar

su vida en aquella tarde fatídica de Enero; en la que, dos almas se rosaron, generando con ello una energía única y transformadora. Aquella que compactaría el tiempo de uno, expandiendo el tiempo del otro. El alegre vuelo de las golondrinas en esa tarde soleada en el aeródromo fue ahogado por el golpe seco del piloto, que trataba de recuperar el ala en plena picada hacia la muerte.

Por un momento, el tiempo parecía detenerse. Un par de segundos atrás, aquel experimentado piloto de prueba caía en cuenta de su error de cálculo aerodinámico. Pero todo estaba ya perdido: empujar la barra hasta el infinito no lograría ya cambiar su suerte. En esos dos segundos de caída observó su vida entera: las fantasías de su niñez, la cercanía de su madre, la crueldad de su encierro, las lecciones de vuelo. Pero tal vez, solo tal vez, una imperceptible gota de vida estuvo dedicada a recordar al aprendiz. Su mente, turbada ya

por la desesperación de la caída, se defendía del verdugo destino en un alegato fugaz que ponía de manifiesto cómo, su hora no debía haber llegado. El piloto lo sabía bien: era el turno del aprendiz —no el suyo- de quedar envuelto en aquella vela fluorescente. Y fue ese instante de recuerdo, esa imperceptible eternidad lo que detonó una chispa tan potente, que los uniría por siempre. La energía de tan colosal golpe al estrellarse en las rocas fisuró la continuidad del tiempo y fusionó el alma de dos hombres casi desconocidos.

El Gran Maestro cuenta —no hay duda- con un arcón de misterios para lustrar el guion de la obra teatral que ha escrito para cada ser vivo. La paradoja entre lo efímero y lo eterno del encuentro entre ese par de hombres no fue la excepción. Con ello, el Gran Maestro impuso al aprendiz una lección vital y una herida dolorosa que jamás cicatrizará. A veces, herida punzante, otras solo consciente de su conexión de viento y de hermandad.

Y como testigo de ese instante singular, el buen Matías trataba de explicar —con palabras al vuelo y silencio de hélices- que por algún motivo el Gran Maestro había decidido mantenerlo zigzagueante en el libreto de la vida. El viento seguía silbando a ambos extremos de su ala, haciendo con ello las paces en el campo santo que significaba esa hermosa pista de despegues y aterrizajes de almas.



• CAPÍTULO VII •



El guía del agua

El Gran Maestro lo sabía desde un inicio: Rod no podía dejar de nadar. Su fijación por jamás desistir, lo llevaba incluso a perder parcialmente la sensibilidad. Parecía como si cada brazada tuviera una sincronización más allá de su propio cuerpo. Como si por alguna extraña razón sus tejidos —sedientos- se entregaran al agua en un abrazo desesperado. Como si al hacerlo, reconociese con nostalgia su propio elemento.

Al ritmo del braceo, le acompañaba la cadencia de sus emociones más secretas; de sus inseguridades y anhelos de familia. A diferencia del convencionalismo de su her-

mano mayor, Rod estaba llamado a romper los estándares predefinidos por la sociedad provinciana del Bajío mexicano y buscar con ello, sus propias rutas de exploración. La natación oceánica, el ciclismo de montaña y las carreras de fondo conformaban el horizonte en la disciplina de la vida diaria de este triatlonista, siempre inquieto y soñador.

Sus incursiones en el mundo de la aeronáutica y su pasión por la biología marina —carrera por la que pronto optaría- cerraban el círculo que habría de ser el hilo conductor de su vida y al propio tiempo, el papel que el Gran Maestro quería que interpretara.

Así, flotar en el agua y flotar en el aire ofrecía el equilibrio que su espíritu tanto necesitaba desde niño. A medida que sumaba años de vida, los retos aumentaban y el descubrimiento del buceo —y sus experiencias interiores— lo llevaban hacia los umbrales ingravidos que su alma añoraba.

Aquella noche de luna llena en la montaña, convertía el lago menor, en un hermoso espejo de agua. La escarcha parecía jugar en su superficie, dándole un toque aún más cristalino, mágico. El reto de la inmersión residía en bajar lo más hondo posible por el mayor tiempo, sin con ello caer en un estado de hipotermia paralizante, que llevara al ahogamiento inmediato. La inmersión de ese trío de amigos buzos estaba prevista justo antes del amanecer. Al instante en el que el alba solía besar —con delicadeza maternal— la textura del espejo gélido. La estética del momento era auténticamente exquisita: un filtro azul plateado

teñía todo el lugar, mientras que el viento suave cantaba sobre las hojas de los cipreses a lo largo de la orilla.

Mientras tanto, no sin sobresaltos por el riesgo implícito en la aventura, los jóvenes apuraban el armado de sus equipos. El descenso los llevaría a una temperatura cercana al punto de congelación. En un ambiente tan hostil y sin el equipamiento ártico necesario, los buzos no lograrían sobrevivir por más de diez minutos. El que más se acercara a ese umbral fatídico sería el campeón y, como consecuencia, sus dos compañeros habrían de relevarlo del costo de una nueva aventura subacuática extrema, en algún otro lugar de la República.

Sin mayores protocolos, los osados muchachos dieron —a la cuenta de tres— un gran

salto al agua y ya con sus linternas encendidas, y con el cuerpo en plena lucha por conservar su equilibrio térmico, comenzaron el descenso a diez metros de profundidad. La visibilidad era casi nula. Más allá de algunas formaciones fangosas, no lograban ver mayor cosa. Eran las linternas que cada buzo llevaba amarrada al brazo lo que contribuía a una sensación de ensueño: los halos de luz parecían danzar suavemente una melodía con las burbujas que ascendían, buscando tocar los rayos de luna que acompañaban a los expedicionarios.

Tras una sensación opresiva, el cuerpo —las extremidades principalmente— parecían estar suspendidas sobre un sinfín de afiladas navajas. Cinco minutos más tarde, esta percepción desaparecería para transformarse

en otra más comprometedora aún: aquella del desapego de la condición corporal; la sensación de vacío, de levedad; el distanciamiento pausado de uno mismo; la fusión de una existencia residual con el contexto envolvente hacia una entidad única e indivisible. Tal vez, un avistamiento indirecto al Gran Maestro, dirigiendo la obra que tanto le divertía.

Justo en ese instante —a unos segundos de perder el conocimiento a causa de frío— fue que Rod cayó en cuenta de que era su turno de emerger entre burbujas expansivas de nitrógeno y oxígeno en una carrera zigzagante hacia la superficie. Al ser escupido por el lago, Rod vio a sus compañeros encaramados al borde. Uno de ellos estaba desmayado y se convulsionaba en espasmos más o menos periódicos. En medio de la

conmoción del choque de temperaturas, Rod logró liberarlo de su tanque y echarle a la espalda una frazada, a fin de ayudarlo a recuperar calor. Y así, con la fortuna de seguir con vida pese a sus excesos, los tres jóvenes pudieron presenciar en silencio, la hermosísima salida del sol, mientras las nubes se quedaban aletargadas a unos centímetros de la superficie.

Aquel episodio marcó el inicio de una serie de retos y proyectos cada vez más demandantes, que lo llevaron, desde campañas de levantamientos estratigráficos de pueblos hundidos, hasta el logro máximo de sus sueños: la exploración de los sistemas cavernarios del mítico *Mayab*. En su primer viaje, hacia el final de los años 90s, Rod dio con un par de exploradores universales —Mike y Chuck— que le abrirían los ojos al potencial de toda una cordillera subacuática de piedra caliza, formada por un sinfín de pasadizos naturales de estalactitas y estalagmitas, deliciosamente decorados por

El Gran Escultor, a lo largo de millones de años de acumulación de sedimentos.

El encuentro con la península sería un acto de auténtico amor a primera vista, que con el paso del tiempo transmitiría a sus hijos todos, a través de un caudal de anécdotas increíbles. Desde que conoció el primer cenote, Rod quedaría prendado de los alucinantes caprichos geológicos del mundo maya. Como guía del agua, sería un interlocutor entre el mundo silencioso de las cavernas sumergidas y el vaivén sonoro de la vida, allá en la superficie. Como buzo instructor de cuevas, aprendería el arte de comunicar la paz necesaria para recorrer la textura de naves centrales y túneles laterales de cada complejo. Transmitir el equilibrio necesario entre técnica y meditación, corregir la flotación y saber acompañar al nuevo submarinista en su propia exploración era una cualidad innata del guía del agua.

Y así fue que la urdimbre de la causalidad llevó al aprendiz hasta la península de su propia historia interior. El mundo del *Mayab* abría sus puertas para revelar secretos a cada nuevo estudiante maravillado por la belleza de las esculturas y por la ilusión de sus perspectivas ópticas. Como guía, Rod se convirtió en el lazarillo que habría de guiarlos por las sendas de las divinidades del inframundo sumergido.

A la par de la alegría creativa de su oficio, Rod era también el consejero de aquellos que penetraban las profundidades en búsqueda de cadáveres de buzos, que por propia negligencia o confianza extrema en sus falsos guías, eran tragados por la obscuridad, presas de una inenarrable desesperación.

Como a un barquero dantesco, El Gran Maestro llevó a Rod a conocer la faceta más cruda y profundamente humana de su oficio.

Al igual que el guía del viento conducía a sus pilotos por las turbulencias de la muerte, Rod —de cierta manera— acompañaba a los buzos perdidos entre los laberintos de las cuevas del *Mayab*. En ocasiones, se preguntaba si el Gran Maestro lo habría seleccionado, no solamente como un instructor de túneles, sino también para ser consejero de sepultureros acuáticos, que como equipo asistían a las almas a transitar de una capa a otra de la existencia.

Entre las redes de laberintos, de ilusiones ópticas, de distorsiones sonoras, de síntomas de narcosis, ataques de ansiedad por claustrofobia y laceraciones inenarrables del propio rostro, Rod contaba con el don intuitivo, el conocimiento teórico y la destreza física necesaria para inferir las equivocaciones de ruta y —una vez más— guiar a quien descendían al escenario de la más desgarradora de las angustias: la muerte por ahogamiento.

Así, ante la terrible zozobra de familiares por saber qué ocurría con sus seres amados, Rod exploraba las bitácoras de buceo y los intrincados entresijos de la psique de cada submarinista reportado como desaparecido ante las autoridades forenses locales. Y al igual que en sus primeras inmersiones en la obscuridad de los lagos de alta montaña, dibujaba para los sepultureros, las formaciones rocosas que seguramente habrían servido de sarcófago a cada explorador fallecido.

Encontraba la manera para conducir a sus compañeros a recorrer metro a metro, la agonizante ruta de contrariedad de los buzos perdidos y una vez encontrados, abrazar sus cuerpos inertes y fríos para ser conducidos —uno a uno— entre pasadizos naturales que los llevarían hasta las ventanas de luz de la superficie de los cenotes. A pesar de su oficio dantesco, Rod conservaba la entereza y el buen ánimo para continuar con satisfacción, el rol que el Gran Maestro le confiriera, como

guía del agua; como guía de soñadores que intentaban tender su propia línea y amarres hacia la profundidad de sus propias historias. Y sería en ese tendido de líneas que una guía más habría de asistir a nuestro aprendiz del aire y del agua.



• CAPÍTULO VIII •



La guía del alma

Tras la usual parsimonia en la autorización de acceso al edificio, el viejo guardia indicaba como siempre la ruta hacia el elevador: un cubo marrón de los años 70s, cuyos ascensos protocolarios ofrecían al paciente los minutos finales para terminar de recorrer los largos pasillos de la intimidad laberíntica y encontrar en ella, alguna madeja ya madura para deshilvanar a cuatro manos.

La cadencia en las modulaciones de la voz que provenía del otro lado de la puerta,

anunciaban el cierre de la sesión anterior; las conclusiones y las asignaturas pendientes, el epílogo nutriente que daba origen a un nuevo ciclo terapéutico. En el furtivo cruce de miradas y saludos corteses entre saliente y entrante había una complicidad colegiada: la frustrante dificultad en seguir las reglas del método analítico; la complejidad en gravitar en torno a un hallazgo apenas descubierto; el asco al tener que probar el agrio sabor de una herida reabierta; e incluso, la dura faena de segar los campos para hacer, a través de ellos, una nueva senda interior; un atajo

presencial a las laceraciones emocionales de la primera infancia.

Con los cerrojos sin echar y la puerta abierta de par en par, la franca sonrisa de Nubia enmarcaba el abrazo largo, con el cual recibía a sus pacientes. El contoneo mimado de su gato y el movimiento pendular del móvil de la ventana representaban el anuncio sonoro que una nueva terapia estaba por iniciar. La combinación de aromas a sándalo y aceites de la India con el humo de tabaco americano encendían la red de neurotransmisores olfativos que, recordaban al paciente que el encuadre estaba listo. Un vaso de agua, un cigarrillo recién liado y un salto al sillón individual eran el ritual faltante para comenzar a trepar por el árbol de los recuerdos. La guía del alma estaba pues, lista para el juego de la madeja.

Era ese el entusiasta y agudo personaje que el Gran Maestro le confiaba interpretar cada tarde.

Como lo cuentan sus óleos y grabados, sus esculturillas y objetos de ornato, la Nubia que sonríe empática a un par de metros de su paciente es la síntesis cultural e histórica del linaje intelectual de su tiempo. Las cubiertas de sus textos filosóficos evocan, con nostalgia, una faceta vitalista y convulsionada de búsquedas —en ocasiones autoinmunes— de juventud animosa y contestataria; de subversión social y familiar.

Y así, mientras observa el ascenso atropellado por el árbol de los recuerdos, comienza Nubia su arte de deshilvanar la ma-

deja recién traída para, con ella, ofrecer al paciente una cuerda de seguridad para así brincar de una rama a otra, sin temor a la caída. Nubia es el ancla que acorta y alarga la línea; es el contrapeso al llanto, a la euforia, a la depresión; es el jilguero que desde su nido en las frondas del árbol, susurra historias casi olvidadas; recuerdos dolientes; puentes y túneles del alma que comunican la felicidad con la zozobra; el gozo con la lamentación; la luz con la obscuridad.

Pero la guía del alma es, también, trepadora de su propio árbol, y al observar cómo sus pacientes languidecen y colapsan una y otra vez en el intento, ella misma comienza el ascenso sin líneas de protección por su propio árbol de memorias. Es su árbol, un

viejo y aún hermoso sauce cuyas ramas gotean desde lo más alto. Su sauce llora por la estaca que lleva clavada justo en el corazón del tronco que le da vida, pues es su propia vida la que como agua en las manos, se escurre. El sauce de Nubia llora por la despedida de su hermana; por el lento adiós de su madre; por el desvanecimiento de sus recuerdos; por los colores que se apagan con la constante llovizna de una mente que se pierde en sí misma.

Y ahí está nuestra Nubia. Guiando las almas en sus cavilaciones; sugiriendo pasos, quiebres y saltos entre rama y rama; al tiempo que cada movimiento del paciente resuena en ella misma; en sus miedos, en sus sinsabores. Cada resbalón desde lo alto, la eleva del suelo

hasta volver a anclarse a su atadura, para equilibrar una vez más a su paciente.

Y ahí está nuestra Nubia, actuando —sin cuestionar- el personaje propuesto décadas atrás por el Gran Maestro. Justo en aquél diván que parecía detener el tiempo. Justo en el diván que, a veces burlesco, y otras comprensivo, la llevaba a entenderse a sí misma y su misión en el antiguo oficio de deshilvanar madejas..

Una década de árido análisis fue apenas suficiente para ver rodar la lágrima que activaría —para siempre- el sentido de su aportación vital a los demás. Su encomienda —así lo entendía desde entonces- se centraba en abrir —a veces derribar- compuertas, con el propósito que las

fuertes corrientes de las emociones contenidas, pudieran fluir por las terrazas recién sembradas de las almas de sus pacientes.

Y ahí está nuestra Nubia y su temeroso aprendiz, tratando de deshilvanar la doble madeja que ha llevado éste consigo: aprendiz del aire y aprendiz del agua. Solo podrá encontrar su equilibrio en el árbol y continuar trepando, si comprende por fin, los símbolos que el Gran Maestro —tras bambalinas- ha colocado en su escenario.

Y es que tal vez el verdadero símbolo esté más allá del aire y más allá del agua. Tal vez el símbolo que el Gran Maestro le ha obsequiado esté mucho más cerca de

lo que él es capaz de imaginar. Tal vez, la madeja termine de deshilvanarse sin una respuesta; porque tal vez no exista una respuesta para su mente. Tal vez, solo tal vez, la respuesta esté en otra parte.





Un sueño,
una inmersión

— TERCERA PARTE —



—37—

Mar y cielo; viento y piel; risas y llanto; agua dulce, sal de arena. El mío, es un universo ondulante e ingrátido. En él, mis compañeros de juego se ocultan y aparecen con hermosos obsequios. Una gota de lluvia resbala por mi cuello. Como recorriendo un surco, discurre zigzagueante, diluyéndose sin prisas entre los poros de mi piel. El viento húmedo, anuncia un capítulo más del temporal. El suyo, es un regalo envuelto de aromas. Percibo los tonos sutilmente dulces del zapote y el delicado registro del olor a semillas de cacao. A manos llenas, soy privilegiada por contar con puñados de ramitas y hojas, para crear con ellas, un refugio encantado para esconderme de los jaloneos y apuros

de las matronas en la tierra de cultivo de Los Monos.

Quisiera que mis ramitas y hojas pudieran construir una canoa lo suficientemente robusta como para transportarme. Quisiera encontrar una hoja de palma, grande y generosa para hacer con ella una vela. Quisiera que se hinchara de viento para navegar hasta el otro lado de mi soledad. Con su soplido amigo, quisiera llegar a la otra orilla y dar por fin, con la familia con quien sueño cada noche. Aquella, que seguramente me ha buscado desde que nací y que, sin duda, sigue mi rastro incansablemente. Las comadronas

con quienes debo vivir no dejan día sin recordármelo: soy una pobre niña ciega. Y si el grupo de cosechadores no me hubieran encontrado en la jungla, envuelta en hojas de plátano esa tarde de temporal, a unas horas de haber nacido, seguramente habría terminado engullida por un montón de zopilotes, larvas e insectos ponzoñosos.

Yo no entiendo lo que las comadronas me dicen, mientras desgranar las mazorcas. Ellas, como siempre, me recriminan porque soy una tonta desvalida, y refunfuñan mientras amasan y echan tortillas gordas al comal ardiente. Huele a leña encendida. Siento el humo que sube al cielo, haciendo una parada en mi nariz. Entre el aroma de atole, frijoles y tortillas, me repito que no soy una tonta. Solo sé que pertenezco a otro lugar; a una familia que debo encontrar. Sólo sé que debo afeerrarme a que mis padres deben estar en algún

sitio; y mientras cocinan su propia merienda esta misma tarde, seguramente me echan de menos; pues saben que estoy en alguna otra mesa muy lejos, extrañándolos como ellos mismo me echan de menos. Una jornada más transcurre y vuelven al campamento los chicleros, cansados y hambrientos.

Al escuchar la voz rasposa y amable de tata Pablo acercándose, corro a abrazarlo. Me tropiezo una y otra vez. Siempre lo hago. Soy torpe, pero no me importa cuando se trata de recibir a tata Pablo. De pronto, mientras intento levantarme del fango, siento cómo, unos brazos fuertes y amables me recogen del suelo con un beso. Como en un juego de cosquillas, siento las barbas que me pican entre abrazos cariñosos. Tata Pablo me recuerda cada tarde, lo grande y bonita que me he puesto.

Hoy me explicó algo nuevo: mañana compartiremos el mismo número, sólo que él, me ganará por un cero redondito a dibujar justo al lado derecho de mi siete. Mañana cumplirá setenta años de edad. Es, dicen todos en el campamento, un viejo soñador, próximo a conocer a los dioses de nuestro pueblo. Las comadronas cuchichean siempre sobre su salud. Sobre sus estrepitosos ataques de tos, durante las madrugadas en que parece ahogarse. Sobre lo difícil que será seguirme cuidando cuando él muera. Sobre la decisión que tendrán que tomar, si les estorbo. Yo sólo sé que debo seguir trabajando en mi canoa.

Sé —como me recuerda tata Pablo— que la vida está llena de momentos mágicos y es gracias a ellos que existimos. No me preocuparé. Aunque solamente tenga siete años soy fuerte; sobreviví envuelta en las hojas de plátano al nacer. Y aunque no logro todavía comprender eso de ser ciega, sé que mi momento de magia

—como con ternura me recuerda tata Pablo— llegará. Lo sé: será en forma de viento hinchando la vela de palma, atada a un mástil que se alzarán en la popa de mi canoa.

El campamento de los chicleros está a punto de ser levantado para moverse —en un ciclo nómada que sigue las estaciones de cultivo del *Mayab*—. El viento de final de temporal sopla con fuerza. Me asustan los troncos chocando unos con otros; los cocos desprendiéndose y cayendo en un golpe seco sobre la hojarasca. Todos duermen. Escucho el toser abrupto de tata Pablo. Gateo en silencio para acercarme a él y tomar su mano. Él me abraza y me recuesta contra su pecho. Escucho los latidos de un corazón fatigado. Su corazón ha sido mi única casa verdadera, desde que tengo memoria.

Tata Pablo me aprieta, envolviéndome en un capullo de cariño que me protege de

todo y de todos. Creo que no sabe que sigo despierta escuchando su corazón. Tata Pablo llora en silencio. Puedo sentir sus lágrimas, pues ruedan por mi nuca mientras me abraza. Sé que su llanto es por mí. Por su frustrante preocupación de morir sin haber encontrado aún quien me proteja y me críe.

Tata Pablo me acuna y susurra una y otra vez mi nombre, con todo el amor del que un abuelo es capaz: ---Angelita, mi Angelita adorada. Desde que te encontré envuelta en unas hojas de plátano, supe que serías un angelito que guiaría las almas de aprendices en su camino. Guía también mi alma hijita mía. Guíame y recuerda siempre, siempre que te aguarda un momento mágico. Tú sabrás el momento preciso en el que llegará, pues sonreirás como nunca antes lo has hecho. Recuerda que este viejito te acompañará siempre. Recuerda que tu vista no es la mis-

ma de los demás. Tu capacidad de observar más allá de lo aparente es un don maravilloso, pues lo haces al interior de la piel del alma. Eres, pequeñita mía, una sanadora de almas y estoy seguro que lo seguirás siendo en esta vida y también en las formas de vida que nuestras deidades quieran regalarte. Confía angelito mío, en las palabras de tu abuelo---. Tata Pablo murió aquella madrugada.

El sol apenas empieza a calentarme y los latidos quedos de tata Pablo siguen vivos en mi oído. Su aroma todavía está en mi ropa y en mi pelo. No quiero que se esfume lo increíblemente vivo de su recuerdo. Necesito hacer algo para guardar para siempre sus latidos y su aroma en mí. Aprieto los dientes para no echarme a llorar. Una lágrima rueda lentamente por mi mejilla. No tengo más tiempo. Debo apresurarme. Conozco la corteza de cada árbol que, en conjunto, flan-

quean la entrada al cenote. Sé que es un lugar prohibido por las matronas, pero recuerdo los cuentos de tata Pablo sobre la magia que según los ancestros, se produce en las profundidades de esos espejos de agua. En mi caminata hacia el borde, arrastro una hoja grande de palma. Es enorme, casi no puedo con ella. Estoy segura que servirá. Sonríó al sentirme tranquila que se hinchará con el viento para llevarme del otro lado, en el instante de magia del cual el abuelo siempre me hablaba; en mi propio y único instante de magia.

Puedo sentir la cercanía del agua. Ese olor por el cual, frutas, hojas y tierra forman un todo con la roca caliza que se desprende de las orillas del cenote. Acarreo ahí la hoja de palma y con la otra mano llevo unas varitas que he encontrado cerca de la orilla. A lo lejos se escucha el canto de un quetzal. Tata Pablo me contaba siempre que los quetzales son aves míticas del cielo maya y que

cuando cantan es porque un milagro está a punto de suceder.

Sonríó. Me abrazo a mi gran hoja de palma. Sujeto con fuerza mis ramitas de zapote y siento el viento soplando que me da la pauta para saltar al agua. Mi salto es tan largo, que pareciera estar cayendo suavemente desde el cielo. Durante la caída recuerdo la textura rugosa de las manos del abuelo; repasó sus orejas grandes, sus ojos redondos y sus barbas crecidas. Recuerdo su voz gruesa y benévola contándome todas las noches que mis padres me aman más que a nadie en el mundo y que, seguramente me buscarán incansablemente hasta encontrarme. El viento sopla y en mi salto al cenote, la hoja de palma parece hincharse.

No tengo miedo. No tengo frío. Me abrazo a mis varitas y a mi palma. Desciendo des-

de el contacto mismo con el agua. Camino abajo, mis ojos reciben un regalo increíble. Son líneas que se ensanchan y forman objetos a mi alrededor. Pareciera que se trata de aquello que por las mañanas calienta mi cuerpo; eso que el abuelo llamaba luz. Veo — realmente veo— burbujas que suben mientras yo bajo abrazada a mi canoa. Me despido del espejo que se observa allá en la superficie. Por primera vez, logro observar mi propio reflejo y el de mi abuelito que me lleva abrazada durante mi descenso. Sonríó, sonrío justo como decía él. Sonríó porque sé que mi instante mágico, al fin ha llegado. Estoy por encontrar a mi familia; estoy por abrazar por siempre a quienes soñé, desde que una tarde fui encontrada en una hoja de plátano por una comunidad de chicleros del *Mayab*.

Soy afortunada. Mi instante de magia ha resultado ser un grano de tiempo suspendido

en un espejo de agua. Mis juegos transcurren en un jardín encantado, que se sumerge en el sitio más hermoso del universo. Puedo escalar el Monte Thalos y balancearme en las ramas del viejo árbol de caoba petrificado. Suelo caminar sobre su tronco hecho puente y recorrer los pasadizos que forman grandes ventanas hacia la maravillosa vista de mi jardín. Flotando, atravieso la cortina verde de hidrógeno sulfuroso y disfruto los halos de luz que me regala el sol a cierta hora, cada mañana. Mis escamas han cambiado con el tiempo. Las veo reflejadas en el espejo de agua, camino a la superficie, mientras me acerco a comer pequeñas raíces y hojas cercanas a la orilla.

Esta mañana —allá en la superficie que lleva mi nombre— me acerqué a un aprendiz de buzo. Estaba solo y pensativo, sentado en la plataforma de madera, esperando el

momento para saltar al agua. Su respiración se agitó al observarme aproximándome. Mi aleteo era suave para no asustarlo. Por su mirada, parecía haber dado con una gran respuesta. Me veía de tal manera que sentí que nos conocíamos de toda una vida. Me alegra haberlo encontrado. Estoy segura que hay una verdad por explorar en la piel de su alma. Tal vez sea un aprendiz que necesite de mi guía. Lo acompañaré por mi refugio y me parece que él, encontrará su propio instante de magia, justo como yo lo he encontrado desde siempre.



CAPÍTULO X



El descenso

Hay una línea tan fina entre el arriba y el abajo. Se trata solo de una cadena de moléculas de hidrógeno y oxígeno tomadas fuertemente del brazo. Es un enlace fuerte pero no asfixiante. La refracción de la luz, justo sobre la línea de la superficie, lo convierte todo en una especie de caleidoscopio, en el cual, el mundo exterior se multiplica en formas psicodélicas para quedar después diluido en una nueva dimensión.

Al saltar, mis recuerdos quedan flotando a unos centímetros del agua. No puedo dejar de pensar en aquel pez que, sin temor, se

acercó a mí, mientras esperaba a Rod sobre la plataforma de inmersión. Me sorprendió su franca determinación al nadar directo hacia mí, solo deteniéndose para observarme, mientras las escamas plateadas de su aleta dorsal brillaban expuestas a los hermosos halos de luz de la mañana que comienza.

¡Me emociona bucear por primera vez en el Cenote Angelita! Cuando los buzos de cuevas hablan sobre él, sus ojos suelen brillar de una manera cristalina. Pero ninguno de ellos ha logrado encontrar para mí, las palabras adecuadas para describir sus emociones,

al explorar cada vértice de una experiencia tan íntima, tan reveladora de su yo interior, mientras la descienden.

Al mirar a aquel pez, caigo en cuenta que no soy más que un aprendiz del aire y del agua; un explorador principiante de los misterios de mi alma. La ansiada espera hizo que me fuera difícil conciliar el sueño anoche. Entre vuelta y vuelta en la cama de mi hotel, trato de imaginar obsesivamente la sensación de cruzar la densa nube de hidrógeno sulfuroso a treinta metros de profundidad. Cruzarla como en un sueño y seguir descendiendo por cuevas laterales, hasta casi cincuenta metros de profundidad oscura, ya en plenitud de narcosis nitrogenada. Más allá de las características técnicas de las cuevas adyacentes que conducen a la caverna central, donde se ubica el Monte Thalos y el Gran Árbol petri-

ficado, eran mis fantasías sonoras y visuales, las que durante la madrugada aceleraban mi imaginación y con ella, mi ritmo cardíaco.

En la caída, máscara y regulador van firmemente sujetos a mis manos. Mi mente acelerada, parece una cámara de cine que avanza y retrocede un sinfín de imágenes de mi vida, de mis sentimientos y aprensiones. El tiempo se suspende. Me veo de pequeño jugando con un barquito de papel; me observo de adulto, aferrándome al cajón de las fragancias de mamá a unas horas de su muerte; me pierdo en la mirada profundamente triste de papá, en su mente confusa; atormentada por veinte años de enfermedad.

Y a la par de esas emociones desgarradoras, el recuerdo de los ojos verdes de mi

hermosa compañera de vida, dibuja una sonrisa fresca en mi corazón. La magia de sus abrazos de sensual eternidad y amor bendice mi inmersión con una enorme alegría. Como los otros buzos, no sé cómo explicar los sentimientos encontrados que, descender en Angelita, me significan. Solo sé que mi corazón se abre de par en par, mientras siento —al propio tiempo— el agua fría envolviéndome en el zambullido más importante de mi vida.

Debo concentrarme. Hacer un chequeo de flotabilidad bajo las instrucciones de Rod. He de verificar que las mangueras estén en su sitio y mi linterna de mano esté ya encendida. Siento cómo mi pulso se acelera. Debo relajarme para no consumir más oxígeno del necesario para una inmersión como ésta. Siento temor —y cierta vergüenza de principiante— si

tuviera que abortar una experiencia así, por haber consumido mi tanque de oxígeno antes de tiempo.

Por unos segundos cierro los ojos y me dejo acariciar por la dulce suavidad de los rayos del sol. Son casi las nueve de la mañana, y la vida alrededor del cenote ha iniciado ya desde hace algunas horas. Al cerrar los ojos, afinó el oído y escucho una parvada de aves retomando el vuelo más allá de la espesa jungla. Pero el canto de un ave es distinto. Me parece escuchar la tonalidad y cadencia característicos de un quetzal. Abro los ojos, y sin más, mi mirada se cruza con ese pececillo curioso. Esta vez se encuentra a unos tres metros de mí. Tal pareciera que me invita a seguirlo; como si la superficie del cenote fuera un patio de juegos, para aprendices de buceador de cavernas, como yo. ¡Debo dejar ya de hacer

acrobacias imaginativas! Es hora de concentrarme en lo que Rod instruya para empezar a bajar.

Al conteo de tres desinflo mi chaleco e inicio el viaje. Mi cuerpo percibe la diferencia del entorno. Todas mis alertas neuromotoras se disparan al máximo nivel. Mi organismo busca la manera de mantener el equilibrio térmico, al tiempo que la presión aumenta metro a metro. Mis oídos llegan a su límite. Debo ecualizar cada tres o cuatro metros para evitar que estallen. Caigo más rápido de lo que tenía programado. Como si de pronto, la densidad del agua fuese menor y se tratara de un elemento nuevo; un punto intermedio entre el aire y el agua. Tres, cuatro y hasta cinco veces inyecto oxígeno a mi chaleco para aminorar la velocidad del descenso.

Ahora puedo apreciar las paredes bajas de la gran bóveda central. La caverna es como un pozo regular de enormes dimensiones. Mientras bajo, recuerdo algunas de las hipótesis sobre la formación de los cenotes. Entre ellas, la basada en el

impacto de rocas relativamente pequeñas, que se desprendieron de *Chicxulub*, el colosal meteorito de más de quince kilómetros de diámetro que azotó la Tierra justo en el corazón del *Mayab* de tal manera, que causara una gran tiniebla de yeso y azufre en la atmósfera, y la extinción de tres cuartas partes de las especies del planeta, hace más de sesenta y seis millones de años.

En mi descenso, imagino los proyectiles de fuego horadando la porosa piedra caliza de la capa geológica más joven de todo el continente americano. Esas rocas del espacio profundo habrían dejado expuesta para siempre la increíblemente plana Península de Yucatán, dejando a su paso, enormes recipientes libres para acumular agua en sus distintas formas, incluyendo monstruosas masas de hielo acumuladas a lo largo de cinco periodos glaciales.

Entre datos y emociones, entro a una nube verde, densa; tan densa que podría albergar un hermoso jardín en su interior. Por tres o cuatro segundos no hay nada fuera de esa capa de hidrógeno. En mi fantasía monocromática no hay izquierda o derecha; no hay arriba ni abajo. Solo un persistente tono esmeralda que lo colma todo. No hay cuerpo. No hay objetos externos. No hay otro. Todo se ha ido. Sólo se logra escuchar la cadencia rítmica de inhalaciones y exhalaciones profundas. De pronto, el verdor muere para transformarse en la más absoluta carencia de luz. Oscuridad infinita. He llegado al fondo.





El deslizadero de luz esmeralda llega a su fin. Sin mediar una transición de tonalidades, la obscuridad completa me engulle hacia el Tártaro de mi propia existencia. Pareciera que las fauces de *Cumpe* me hubieran atrapado. Como si el descenso en Cronos hubiese despertado la pasividad letárgica del monstruo mitológico, que, enfurecido por el abrupto despertar, a causa de un insignificante intruso, lo llevara del descanso milenario al apetito voraz y triperero por tragarlo todo. Cada burbuja ingrávida, cada halo de luz, cada partícula de espacio tiempo.

La obscuridad es tan absoluta, que pareciera que el sentido de la vista jamás hubiera estado

presente en mí. Como si de tajo, los colmillos de la bestial carcelera de dioses hubiesen succionado mis glóbulos oculares con cruel maestría. Como si mi captora se hubiese apropiado del tiempo y cada segundo se hubiese convertido en un millón de años.

Pertenezco al mundo de los ciegos, más aún, al universo de la materia oscura. Mientras caigo en las fauces de *Cumpe*, la integridad de mi cuerpo se disuelve en el éter de la negritud. No logro percibir dónde comienzan y dónde terminan mis extremidades. Ignoro hacia dónde fluyen las burbujas que produce mi agitación, ante el nuevo

elemento químico en el que —quizás— me he convertido.

Me detengo por un instante. Trato de concentrar el resto de mis sentidos, o, de lo que queda de ellos. Mis dedos buscan nerviosos el intrincado complejo de mangueras que, conectadas a un tanque de oxígeno, me mantienen vivo. Están ahí. Son asépticas y silentes al tacto, pero en su interior sirven de vertiente a un creciente caudal de moléculas de angustia, de temor a que lo único que me mantiene vivo, de súbito, deje de fluir.

La sutil danza de mangueras en el agua, sumada a la sinfonía de pequeñas burbujas intercaladas en contrapunto, crea el ambiente orquestal para que mi mente divague, proyectándome a mi propia gestación.

Soy algo más que un embrión invidente, quien apenas percibe la textura de una enti-

dad viscosa y movediza donde gravita. Intuyo la presencia de algo más. De un entorno que me contiene y del cual, al propio tiempo, formo parte integrante.

Crezco a cada segundo. Mi cuerpo no es más que un saco efervescente en el cual, millones de células surgen proyectadas, una contra otra, provocando saltos que me agitan de una pared a otra de tan maleable contenedor.

De pronto, del corazón mismo de las tinieblas en las que me encuentro, percibo un objeto ajeno que llama mi atención. Ha tocado lo que en otro tiempo recordaría como mi hombro. Confundido por la imposibilidad de saber si mi cuerpo ha quedado o no disuelto en la inmaterialidad del éter, confío en la señal que ese ser nuevo me ha infundido. Sin saber cómo, sigo moviendo lo que antes fueron mis pies, en una secuencia rítmica de aleteo.

El movimiento me aleja de las fauces de la celadora del Tártaro, y parece abrir los umbrales al interior de mi alma. Las compuertas crujen mientras se abren. La temperatura cambiante del agua en el interior, me lleva a evocar un sinfín de emociones. Una leve corriente fría llama a la más íntima nostalgia de la madre fallecida; a la añoranza del sol ocultándose más allá del horizonte marino; a la soledad punzante de saberse abandonado en el sendero.

La primitiva hélice en que mis aletas se han transformado, siguen de manera intuitiva las señales constantes en mi hombro. Es un recordatorio que mi guía del agua no me ha dejado sucumbir en la obscuridad. Sé que, aunque no logre ver siquiera mis manos, estoy ascendiendo. Percibo los cambios de una a otra atmósfera de presión, y de modo mecánico, ecualizo para liberarme del dolor de mis oídos



La alegría de saberme cada vez más yo mismo, me lleva a percibir una corriente levemente cálida y con ella, el pececillo que explora las cavidades de mi alma, descubre un luminoso caudal de emociones largamente acariciadas. Y así, a medida que asciendo unos metros más en la caverna, me pierdo en la contemplación de mis dos estrellas parentales en el firmamento; floto en el recuerdo del sensual verdor de una amorosa mirada de mi compañera de sueños.

Y entre esas memorias, un suave albor rasga el paño de mi obscuridad. Mi mirada se aferra a esa secuencia luminosa. Ahora me inunda la luz. Estoy seguro que algo mágico me espera unos metros arriba. Continúo el ascenso y con él, el de aquel pez que me acompaña desde la superficie.

• CAPÍTULO XII •



La ventana

Al igual que el pincel entintado de un artista de sombras, la penumbra delinea con suavidad los relieves de las rocas del túnel que asciendo. Descubro la textura rugosa que me contiene. A cada metro, el túnel se estrecha y aunque sé que del otro lado, la luz que baña la caverna me espera, es cada vez más difícil maniobrar. No sé qué ocurre. No puedo moverme. Estoy varado en la parte alta del circuito de cuevas que comunica con la gran caverna y en ella, con el Monte Thalos, que alberga el jardín encantado, del que tanto me han hablado otros buzos.

Por más que intento bajar unos metros y seguir la secuencia de zigzags en él, no logro moverme. Mi respiración se agita una vez más, pero estoy tan arrinconado en la estructura superior, que las burbujas de mi regulador se quedan casi inmóviles en el techo del túnel. No veo la luz de la linterna de Rod. Desprendo un trozo de piedra y la golpeo contra mi tanque, para llamar su atención. Siento cómo mi chaleco está inflado al máximo y no consigo evacuar el aire para descender un par de metros y seguir mi camino. Escucho el crujir de las mangueras

de mi equipo, el golpeteo seco de mi tanque contra las rocas de aquella sólida cubierta; escucho mi propia respiración agitada. Mi mirada desesperada se mueve con enorme frustración de uno a otro lado, buscando la forma para continuar.

Y de pronto, iluminada sutilmente por la refracción de la luz que se cuela por una rendija entre las piedras, observo una aleta diminuta en tonos áureos. La dualidad entre esperanza y angustia, potencia mi fantasía y con ella, un raudal de imágenes corre por las escaleras de mi mente. El batir de mi tanque y los jaloneos de mis mangueras me alejan de la realidad. Estoy al borde de la luz, como lo estuve hace tantos años.

Aunque me aflige quedarme atrapado y morir a falta de oxígeno; hay algo seductor en ese último

acto de la gran obra de la vida. Apago la luz de mi linterna y distiendo mis músculos, tal si me entregara a un profundo sueño. Un espíritu ligero y cálido me abraza en las aguas, convenciéndome que no hace falta ya luchar; que es hora de abandonarme y poner de una vez, fin al agotamiento persistente de existir.

Recuerdo lejanamente mis caminatas a la orilla del Pacífico; cuando de niño recitaba el *Para Entonces* de Nájera, entre el majestuoso tumbo de las olas, al encontrarse con la arena. Desde pequeño me asombró la idea de formar uno con el mar, justo al instante de morir. Lejos de aterrarme, provocaba en mí una paz amorosa; como la de un abuelo cercano y sabio que acuna a su nieto sonriente. Confío, me entrego.

Entre tranquilizadores recuerdos de infancia, mi respiración se estabiliza. Pocos metros abajo, observo una luz moviéndose rápidamente en círculos frente a mí. Despierto de mi letargo y enciendo mi linterna, respondiendo con el mismo movimiento. Todavía adormilado del caudal de imágenes que me han acompañado a lo largo de la inmersión, percibo tirones en mi chaleco y, al fin, logro descender dos o tres metros, retomando mi nivel habitual de flotación. Sigo avanzando y sin más, un gran ventanal de luz aguamarina se abre de par en par. Me sostengo de sus dinteles y profundamente conmovido, caigo en cuenta que hemos logrado dar con el acertijo que abre el umbral del jardín encantado.

Desde el ventanal, observo un horizonte onírico majestuoso, indescriptible. Se trata de un jardín flotante, flanqueado por grandes muros circulares de roca. El jardín parece moverse entre una nube verde esmeralda que acoge al Monte de Thalos: un promontorio de sedimentos que sirven de hogar a los restos petrificados de una hermosa ceiba del *Mayab* milenario.

La nube de hidrógeno sulfuroso envuelve sus troncos, de modo que la vida en el fondo del cenote transcurre en una danza que sutilmente envuelve y devela cada parte del jardín encantado. Entusiasmado por haber llegado al fin, al corazón de Angelita, salto desde el ventanal y desciendo nueve o diez metro más, para zambullirme en el

núcleo de la nube. Puedo observar, cómo la mitad inferior del cuerpo de Rod ha desaparecido, quedando engullido por el verdor vaporoso de la nube, y a medida que asciende veo cómo su cuerpo se reconstituye.

Nado justo al borde de la estela de hidrógeno, mientras mis extremidades desaparecen y aparecen en una secuencia deliciosa. Me abrazo del tronco principal de la ceiba y desde ahí, observo las enormes paredes circulares del cenote y el encuadre de su jardín flotante. Con ello, recuerdo la asombrosa formación geológica de los cenotes, mientras las piedras fragmentadas del gran meteorito horadaban la frágil corteza calcaría del *Mayab*, con una energía equivalente a la de millones de terremotos a la vez.

Mi mente sobrevuela las tinieblas que siguieron el gran impacto y la gélida era posterior, extinguiendo —casi en su totalidad— la vida en la Tierra. Imagino este enorme orificio de casi sesenta metros de profundidad convertido en un colosal témpano de hielo y puedo escuchar los estruendos en que millones de años después, el hielo se rompió e hizo colapsar porciones de selva, creándose con ello los promontorios de algunos cenotes, como el de Angelita.

Hoy estoy yo aquí, y ese pez que me sigue, escondiéndose juguetón entre los sedimentos y las ramas petrificadas, me recuerda —como aquel viejo maestro alma-nauta que me lee y dibuja— cómo el todo está en mí mismo, y yo estoy en el todo. Y en esa

unión de las partes de una totalidad, caigo en cuenta del significado de Angelita, como el gran abismo interior que es mi propia alma y cómo en ella, hay pequeños grandes milagros, como el de ese hermoso pez, que me recorre, regalándome el instante mágico por el que he aguardado tantos años. De pronto, la historia de mi vida se compacta en un segundo, en el que el Gran Maestro y sus pacientes guías —del agua, del aire, del alma— me llevan en hombros por los senderos de mi propia existencia.

No sé exactamente cuánto tiempo ha pasado desde que salté al agua. Tampoco tengo claro qué profundidad hemos alcanzado, lo que sí experimento es un ligero, pero creciente mareo y náuseas, a causa de la mezcla de gases en mi cerebro. Una vez más, siento presión en el hombro. Sé que es la señal de

mi guía para ir ascendiendo pausadamente, deteniéndonos en intervalos de seguridad para después emerger. No hay más que disfrutar la espera y, mientras me afianzo a una roca de la gran fortaleza circular, observar la deliciosa refracción de los halos de luz, entrando al agua cristalina del cenote, treinta metros arriba.





El intervalo de espera parece convertirse en una exquisita singularidad, en la cual, el tiempo entra a raudales y se comprime en un lentísimo discurrir de fotones proyectados hacia una hoja, que sigue su camino abajo. Una hoja. Sí, se trata de una pequeñita y hermosísima hoja de zapote. Embelesado por la auténtica magia de su descenso en las aguas serenas del cenote, imagino el soplo del viento allá en la superficie; las ramas sacudiéndose violentamente, golpeándose unas con otras.

Me pierdo en el instante en el que su tallito se tensa al máximo, perdiendo al fin, el anclaje a la rama que la ha mantenido unida a su familia

lobular. La hoja vuela encaramada a lomo de viento, ejecutando una serie de maromas circenses. Todo ha sucedido demasiado rápido. En aquella caída mortal, todavía saborea una pequeñísima porción de savia que le recuerda estar viva por un instante, unida a su rama; y ésta, a su vez al follaje todo de un viejo árbol de zapote, cronista encargado de dar cuenta a sus compañeros de inmersiones de otras hojas, de otros hombres, de otras historias.

El halo de luz a bordo del cual desciende hacia el Monte de Thalos la ha esperado impaciente durante ocho minutos y diecinueve segundos. Se gestó en la superficie misma

del Sol. Entre explosiones titánicas que esfumarían la Tierra en una fracción de segundo. Luego de brotar entre turbulentas olas de energía y campos magnéticos de aquella agitada estrella, el halo arrancó su carrera a velocidad máxima.

A lo largo de ciento cincuenta millones de kilómetros enfrentó una intensa marea de ondas gravitatorias y sorteó la atracción de dos planetas fríos, para enfocarse en un minúsculo punto de la geografía de un planeta azul, justo al norte del *Mayab*. Ahí, con la precisión más asombrosa del universo, el halo ofrece a la pequeñita hoja recién cortada, una alfombra áurea en su lento camino hacia el final de su existencia. Es un encuentro único y amoroso; pensado con la

sincronía perfecta del Gran Maestro relojero del cosmos. Un encuentro proyectado desde siempre y para siempre. Y yo, he tenido la suerte de presenciarlo —extasiado— entre una cortina de burbujas.

A solo seis o siete metros de mí, la hoja detiene por un momento su marcha ingravida, gracias a un pez que la muerde ligeramente. Caigo en cuenta. Es aquel pez que me ha acompañado, jugando desde la superficie de la caverna. Tras morder un trozo del débil tallo, el pececillo parece demostrarme una serie de piruetas para luego esconderse, una vez más, bajo la capa de hidrógeno; solo para esperar nuevas hojas frescas venidas de la superficie para poder alimentarse; o tal vez, para poder comunicarse.

-¿Y si las hojas que descienden de los árboles de zapote fuesen cartas, misivas que de alguna manera debo interpretar?- me pregunto. Imagino cada hoja como el capítulo más hermoso de la naturaleza. Puedo leer en ellas, las líneas mismas de la vida; los secretos evolutivos de su especie y con ello, la historia de los nutrientes que han alimentado aquellos árboles desde el inicio de los tiempos.

Todo cobra sentido ahora. A través de los minerales que forman el caldo de nutrientes de aquella hoja, se me comunica —justo en ese momento— la formación de mi pequeño planeta azul; de mi majestuoso universo. Soy, lo entiendo, polvo de estrellas y lo que en ese instante me conecta con ellas, es la admiración por una hoja que desciende de la mano de un halo de luz.



Soy pues, el mineral y la hoja; soy la estrella y la luz; soy la parte y el todo; soy yo; soy tú. Me percató, gracias a esa pequeñita hoja, de ser una de las múltiples maneras en que la naturaleza se hace consciente de sí misma. Vivo en ella y ella vive en mí. Porque ella soy yo, y yo soy ella. Al igual que tú que me lees y yo que te observo leyéndome. Se trata de la más hermosa y esencial de las confusiones. Sonríó. Creo que nunca había sonreído de esa manera. Un apretón de hombro. Es tiempo de ascender. La superficie me espera.

• CAPÍTULO XIV •



Ascender

Los intervalos de descompresión juegan con mi mente. Con un leve mareo asciendo unos metros hasta una primera parada de seguridad, donde no tengo otra cosa por hacer, que disfrutar de la cortina de burbujas que me escolta camino arriba. Me detengo en algunas de ellas.

En su interior, parecieran llevar escenas de mi vida. Recuerdos de infancia, miedos, abandonos; pero también sonrisas, alegría y plenitud. Las burbujas son golondrinas que revolotean alrededor, como aquel nido milenarío rumbo al centro de la tierra potosina,

desde el cual, cada mañana, se elevan miles de aves en su bullicioso viaje al cielo. Cada burbuja tiene su propia vida y significado. Son cada una, la pequeña parte de un todo que me lleva a ascender —poco a poco— custodiado por una persiana blanquecina.

Me encuentro a solo diez metros de la superficie. Con esfuerzo alcanzo a vislumbrar reflejos del otro lado. Por un momento, vacilo en distinguir el arriba del abajo. No sé, a ciencia cierta, si asciendo o de nuevo me encuentro carrera abajo. Más aún, me pregunto qué es estar al límite de la superficie y cuál es mi verdadera existencia.

Me cuestiono si lo que ese jardín encantado representa para mí es en realidad lo que me mantiene vivo y lo que está del otro lado de la superficie es solo un cúmulo de experiencias mecánicas sin sentido, que solamente esconden una enorme nostalgia por la magia descubierta en Angelita. Mantengo mi nivel de flotación unos momentos más. Una estela de burbujas sigue avanzando su sendero hacia la luz.

Estoy a escasos tres metros de despertar en un entorno que si bien llenará mis pulmones de aire puro, atraparé mi imaginación entre barrotes de fría cotidianidad. Me resisto a cruzar el límite hacia la superficie. Me aferro a mis últimas burbujas en plena expansión. Me abrazo a mis sueños más recientes metros abajo: a mis túneles, a mis hojas, a mis árboles, a mis ventanas.

Las leyes físicas se imponen como una fortaleza infranqueable hacia la belleza de lo que he experimentado allí abajo. Con o sin mi voluntad me obligan a cruzar el umbral. La presión del oxígeno en mi chaleco me expulsa como a un objeto extraño. Como si se tratara de la lucha del cuerpo por extraer de una vez por todas a un germen invasor.

Ante un fenómeno físico tan absolutamente imparable como ascender, siento una enorme añoranza por la magia; un constante ensimismamiento por saberme en un punto intermedio. Me sé ajeno a las imágenes que he presenciado; pero al propio tiempo, sé que tampoco pertenezco del todo, al mundo de quienes habitan más allá de la superficie.

Con el rostro ya afuera del agua, observo el cielo reflejado en el espejo que el cenote le ofrece cada mañana. Pareciera que el cielo vive en la superficie del agua y ésta, a su vez, habita la piel del cielo. Y entre ambas paradojas, un pequeño pez dorado pinta una sutil estela de eternidad. En el cielo, escucho el canto de un quetzal...





Angelita, Inmersiones Oníricas al Mayab.

Texto: José David Enriquez Rosas

Diseño: Ximena García Trigos "MundoBrite"

Reservados todos los derechos.

Ningún fragmento de la presente publicación podrá ser reproducido, almacenado en un sistema que permita su extracción, transmitido o comunicado en ninguna forma ni por ningún medio, sin el previo conocimiento de el autor.

1º Edición Octubre 2017

Impreso en la Ciudad de México.

Entre los más hermosos obsequios que la Madre Naturaleza ha hecho a la geografía mexicana se encuentran los cenotes de la Península de Yucatán. El *Mayab* –como fuera bautizada por sus antiguos pobladores– es una de las regiones más fascinantes en el mundo del buceo de cavernas.

En los *tz'ot* –pozo o abismo en maya– la magia se entreteje con la realidad para dar lugar a una nueva dimensión en el imaginario de cada explorador. Ilusiones ópticas provocadas por la refracción de la luz y esculturas formadas por secuencias de estalactitas y estalagmitas son el refugio de un universo único, por su sobrecogedora belleza.

Tras incursionar en la literatura infantil por el último lustro, *Angelita* encarna la primera novela del autor. Se trata así, de una fantasía literaria que delicadamente sumerge al lector en los sueños y vivencias de un aprendiz del agua, del viento y del alma.

